This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

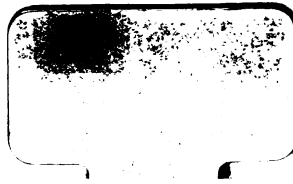
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Vol. Span. III. A. 113



Vol. [illegible] IV. A. 113

POESÍAS

PATRIÓTICAS

DE

D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

MADRID

EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1808.

Vet. Sham. III A. 13

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
21 APR 1955
OF OXFORD
LIBRARY

ADVERTENCIA.

Estas Poesías se han escrito todas antes de la época en que nos hallamos; y alguna cuenta once años de antigüedad. Dos de ellas conoce ya el Público, impresas poco ha con el título de *España libre:* y aunque tambien la de la Imprenta se halla entre las Poesías que dió á luz el Autor en 1802, las cadenas que entonces aprisionaban la verdad entre nosotros, no permitieron que se imprimiese como se habia escrito; de modo que las variantes con que se publica ahora, la constituyen una obra casi enteramente nueva.

Inspirados estos versos por el

amor á la glória y á la libertad de la Patria, manifiestan ya la indignacion de que un pueblo fuerte y generoso sufriese el yugo mas infame que hubo nunca; ya la esperanza de sacudirle, y de que tomásemos en el órden político y civil el lugar que por nuestro carácter y circunstancias locales nos ha asignado la naturaleza; ya en fin la desesperacion de ver desvanecerse con el aspecto que tomaban las cosas públicas esta hermosa y grande perspectiva.

Nunca se confiaron al papel: el miedo á la opresion no lo consentia; y el Autor se contentaba con recitarlos alguna vez de memoria á sus amigos en la confianza y franqueza

de un festin, ó en la soledad de los campos. Ageno de presumir, ni aun por delirio, que llegase un dia en que pudiesen imprimirse, no cuidó nunca de darles aquella correccion que exîge esta clase de composiciones, y correspondia á la magestad de su argumento. Trocada ya la situacion de las cosas de un modo tan feliz, y convertidas en realidad las ilusiones, el abatimiento en gloria, y la indignacion en contento; se han trocado enteramente los sentimientos del Escritor, siéndole imposible, para limar estos versos, ponerse en la situacion misma que quando los componia. Aun así podrán tal vez ser útiles para sostener y fomentar el entusiasmo de los bue-

nos Españoles; y esta esperanza le ha animado á imprimirlos, confiando en que se condone el desaliño de la execucion al interes patriótico de los asuntos.

Madrid 6 de Octubre de 1808.

I.

Á LA EXPEDICION ESPAÑOLA PARA PROPAGAR LA VACUNA EN AMERICA.

(Diciembre de 1806.)

¡Vírgen del mundo, América inocente!
Tú, que el preciado seno
Al cielo ostentas de abundancia lleno
Y de apacible juventud la frente;
Tú, que á fuer de mas tierna y mas hermosa
Entre las zonas de la madre tierra,
Debiste ser del hado,
Ya contra tí tan inclemente y fiero,
Delicia dulce y el amor primero;
Óyeme: si hubo vez en que mis ojos
Los fastos de tu historia recorriendo
No se hinchesen de lágrimas; si pudo
Mi corazon sin compasion, sin ira,
Tus lástimas oir; ah! que negado
Eternamente á la virtud me vea,
Y bárbaro y malvado,
Qual los que así te destrozaron, sea.

Con sangre estan escritos

En el eterno libro de la vida
Esos dolientes gritos
Que tu labio afligido al cielo envia.
Claman allí contra la patria mia,
Y vedan estampar gloria y ventura
En el campo fatal donde hay delitos.
¿No cesarán jamas? ¿No son bastantes
Tres siglos infelices
De amarga expiacion? Ya en estos dias
No somos, no, los que á la faz del mundo
Las alas de la audacia se vistieron
Y por el Ponto Atlántico volaron;
Aquellos que al silencio en que yacias
Sangrienta, encadenada te arrancaron.—

« Los mismos ya no sois: ¿pero mi llanto
Por eso ha de cesar? Yo olvidaria
El rigor de mis duros vencedores:
Su atroz codicia, su inclemente saña
Crímen fueron del tiempo, y no de España.
¿Mas quando ¡ay Dios! los dolorosos males
Podré olvidar que aun mísera me ahogan?
Y entre ellos... Ah! venid á contemplarme,
Si el horror no os lo veda, emponzoñada
Con la peste fatal que á desolarme
De sus funestas naves fue lanzada.

Como en árida mies hierro enemigo,
Como sierpe que infesta y que devora,
Tal su ala abrasadora
Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.
Miradla embravecerse, y qual sepulta
Allá en la estancia oculta
De la muerte mis hijos, mis amores.
Tened, ay! compasion de mi agonía
Los que os llamais de América señores:
Ved que no basta á su furor insano
Una generacion, ciento se traga;
Y yo espirante, yerma, á tanta plaga
Demando auxîlio, y le demando en vano."—

Con tales quejas el Olimpo heria
Quando en los campos de Albion natura
De la viruela hidrópica al estrago
El venturoso antídoto oponia.
La esposa dócil del zeloso toro
De este precioso don fue enriquecida,
Y en las copiosas fuentes le guardaba,
Donde su leche cándida á raudales
Dispensa á tantos alimento y vida.
Jenner lo revelaba á los mortales:
Las madres desde entonces
Sus hijos á su seno

Sin susto de perderlos estrecharon;
Y desde entonces la doncella hermosa
No tembló que estragase este veneno
Su tez de nieve y su color de rosa.
Á tan inmenso don agradecida
La Europa toda en ecos de alabanza
Con el nombre de JENNER se recrea;
Y ya en su exâltacion eleva altares,
Donde á par de sus genios tutelares
Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria á la radiante lumbre
En noble emulacion llenando el pecho
Alzó la frente un Español: "No sea,
Clamó, que su magnánima costumbre
En tan grande ocasion mi patria olvide.
El don de la invencion es de fortuna,
Gózele allá un Inglés; España ostente
Su corazon espléndido y sublime,
Y dé á su magestad mayor decoro,
Llevando este tesoro
Donde con mas violencia el mal oprime.
Yo volaré, que un Númen me lo manda,
Yo volaré; del férvido Oceáno
Arrostraré la furia embravecida,
Y en medio de la América infestada

Sabré plantar el árbol de la vida."

Dixo, y apenas de su labio ardiente
Estos ecos benéficos salieron,
Quando tendiendo al ayre el blando lino,
Ya la nave en el puerto se agitaba
Por dar principio á tan feliz camino.
Lánzase el Argonauta á su destino:
Ondas del mar, en plácida bonanza
Llevad ese depósito sagrado
Por vuestro campo líquido y sereno:
De mil generaciones la esperanza
Va allí, no la anegueis, guardad el trueno,
Guardad el rayo y la fatal tormenta
Al tiempo en que dexando
Aquellas playas fértiles remotas,
De vicios y oro y maldicion preñadas
Vengan triunfando las soberbias flotas.

Á mi amigo salvad: ¡oh dulce amigo,
Heroyco Balmis! la implacable saña
De un ponto siempre ronco y borrascoso,
Del vértigo espantoso
La devorante boca,
La horrible faz de cavernosa roca
Donde el viento quebranta los baxeles,

De los rudos peligros que te aguardan
Los mas grandes no son, ni mas crueles.
Espéralos del hombre: el hombre impío,
Encallado en error, ciego, envidioso,
Será quien sople el uracan violento
Que combata bramando el noble intento.
Mas quando llegue de la lucha el dia
Ten fixo en la memoria,
Que sin constante afan y árdua porfía
No se arrancan las palmas de la gloria.

Llegas en fin; la América saluda
A su gran bienhechor, y al punto siente
Purificar sus venas
El destinado bálsamo: tú entonces
De ardor mas generoso el pecho llenas,
Y obedeciendo al Númen que te guia
Mandas volver la resonante prora
A los reynos del Gánges y á la Aurora.
El mar del mediodia
Te vió asombrado sus inmensos senos
Impávido surcar: Luzon te admira
Sembrando siempre el bien en tu camino:
Y al acercarte al industrioso Chino,
Es fama que en su tumba respetada
Por verte alzó la venerable frente

Confucio; repitiendo en su sorpresa:
"Digna de mi virtud era esta empresa."

Digna, hombre grande, era de tí: bien digna
De aquella luz altísima y divina,
Que en dias mas felices
La virtud y el saber aquí encendieron.
Luz que se extingue ya: BALMIS, no tornes,
No crece ya en Europa
El sagrado laurel con que te adornes.
Quédate allá, donde sagrado asilo
Tendrán la paz, la independencia hermosa;
Quédate allá, donde por fin recibas
El premio augusto de tu accion gloriosa.
Un pueblo, por tí inmenso, en dulces himnos
Con fervoroso zelo
Levantará tu nombre al alto cielo:
Y aunque en los sordos senos
Tú ya durmiendo de la tumba fria
No los oirás, escúchalos al menos
En los acentos de la musa mia.

II.

Á JUAN DE PADILLA.

(Mayo de 1797.)

Todo á humillar la humanidad conspira:
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto,
Y al Genio su poder. ¿Los grandes ecos
Do estan que resonaban
Allá en los templos de la Grecia un dia,
Quando en los desmayados corazones
Llama de gloria de repente ardia,
Y el son hasta en las selvas convertia
Á los tímidos ciervos en leones?
¡Oh! qual cantára yo, si el Dios del Pindo
Poder tan grande á mis acentos diera!
¡Con qué vehemencia entonces la voz mia,
Honor, constancia y libertad sonando,
De un mar al otro mar se extenderia!

Patria! nombre feliz, Númen divino,
Eterna fuente de virtud en donde
Su inextinguible ardor beben los buenos;
Patria!.... La vista atónita no encuentra

Patria en torno de sí, ni el labio implora.
Con voz tan bella al simulacro yerto
Que se muestra en su vez. Pálido, triste,
De negro luto y de pavor cubierto,
Ni aun á esquivar se atreve
La mano asoladora
De la Furia exêcrable que inclemente
Su seno oprime, su beldad desdora:
Sangre destila si afligido llora:
Su lúgubre alarido
Rompe los ayres, y en dolor bañado
Viene horroroso á lastimar mi oido.

¡Perdona, madre España! La flaqueza
De tus cobardes hijos
Pudo abatirte así: ¿Quién de ellos nunca
Sacrificó en tu altar? Ah! vanamente
Discurre mi deseo
Por tus fastos sangrientos y el contínó
Revolver de los tiempos; vanamente
Busco honor y virtud: fue tu destino
Dar nacimiento un dia
Á un odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal: todos te hollaron,
Todos ajaron tu feliz decoro:
¡Y sus nombres aun viven! ¡Y su frente

Pudo orlar impudente
La vil posteridad con lauros de oro!

¡Y uno solo! uno solo!... ¡Oh de PADILLA
Indignamente ajado
Nombre inmortal! ¡Oh gloria de Castilla!
Mi espíritu agitado
Buscando alta virtud renueva ahora
Tu memoria infeliz: sombra sublime,
Rompe el silencio de tu eterna tumba,
Rómpele, y torna á defender tu España,
Que atada, opresa, envilecida gime.
Sí, tus virtudes solas,
Solo tu ardor intrépido podria
Volvernos al valor, y sacudido
Por tí solo seria
Nuestro torpe letargo y ciego olvido.

Tú el único ya fuiste
Que osó arrostrar con generosa frente
Al despotismo atroz, que ya insolente
Nuestra querida playa amenazaba.
Abortóle la mar mas espantoso (do seno:
Que los monstruos que encierra en su hon-
Y él respirando su infernal veneno
Entre ignorancia universal marchaba,

Destruyendo sus pies quanto corrieron.
¿De qué pues nos valieron
Siete siglos de afan, y nuestra sangre
Á torrentes verter? Lanzado en vano
Fue de Castilla el Árabe inclemente,
Si otro opresor mas pérfido y tirano
Prepara el yugo á su infelice frente.

Ofendida, indignada
Se alzó, se estremeció, y arrojó el grito
De venganza y de horror.—Vuela, hijo mio,
Vuela, y ahuyenta la espantosa plaga
Que me insulta y me amaga:
Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brio
Su curso infausto asolador quebranta.—
Dixo; y qual rayo que volando asuela,
Ó como trueno que bramando espanta,
El héroe de Toledo recorria
Un campo y otro campo: el pueblo todo
Conmovido á su voz, ardiendo en ira,
Y anhelando vencer, corre furioso
Á la lucha fatal que se aprestaba.
Padilla le guiaba,
Y de la patria en su valiente mano
El estandarte espléndido ondeaba.

¡Oh estrago! oh frenesí! Dos veces fueron
Las que el Genio feroz de la ímpia guerra
Entre muerte y dolor mezcló las haces:
¡Haces que nunca combatir debieron!
Un hábito, una tierra
Eran, y una su ley, unas sus aras,
Uno su hablar: ¡Ah bárbaros! ¿y en vano
Naturaleza os diera
Vínculos tantos? Suspended los hierros
Que sedientos de sangre en vuestras manos
Contemplo con horror: ¿No sois hermanos?
Todos á un tiempo, todos
Revolved: al furor de vuestros brazos
Cayga rota en pedazos
La soberbia del Déspota insolente
Que á todos amenaza:.... ¿En los oidos
No os dan los alaridos,
Las tristes quejas de la edad siguiente,
Que á ominosa cadena
Vuestra discordia pérfida condena?

De polvo en tanto la confusa nube,
Nuncia ya del furor, turbando el dia
Hasta el Olimpo sube:
Y del bronce tronante al estallido
El viento sacudido

Tiembla, retumba, y pavoroso esconde
Los gritos y el horror: corre la sangre,
Vuela la muerte... ¡oh Dios! ¿por qué dis-
Las huestes vencedoras (persas
Se derraman así? Solo en el llano,
De arena y sangre y de sudor cubierto,
Miro al héroe que lucha, y lucha en vano,
Y al fin cayó: su mísera caida
La libertad rendida
Llevó tras sí: cayó: quando salieron
Sus últimos suspiros,
Al seno augusto de la patria huyeron.

. . . . . .

Tajo profundo, que en arenas de oro
La rubia espalda deslizando llegas
El pie á besar de la imperial Toledo;
Toledo, que en desdoro
De su antigua altivez y su energía
Se encorba al yugo que esquivó algun dia;
Toledo, oriente de Padilla..... ¡Oh rio!
Tú le viste nacer, tú lamentaste
Su destino infeliz, y en triste duelo
Su fin infausto denunciaste al cielo.
Tú aquel solar bañabas,
Do siempre incorruptibles se albergaron
La patria y el valor: mis ojos vean

El suelo que él hollaba,
El espacio feliz do respiraba,
Y en mi llanto y dolor bañados sean.

¡Y nada encuentro! ¡y la venganza airada
Nada indultó! Su bárbara violencia
La inocente morada
De la opresa virtud sufrir no pudo.
Derrocóla: en su vez solo, afrentoso,
El padron del oprobio allí se mira,
Que á dolor congojoso
Incita el pecho, y á furor sañudo,
Quando contempla á la ignominia dado
Tan santo sitio y al silencio mudo.
¡Mudo silencio! No, que en él aun vive
Su grande habitador: vedle quan lleno
De generosa ira
Clamando en torno de nosotros gira.

« Castellanos, alzáos: la inmensa huella
Corrió de tres edades
Por mi sangre infeliz: corrió, y aun ella
Hierve reciente, y á venganza os llama.
¿Quereis por dicha conllevar la pena
Del siglo vil á quien mi muerte infama?
¿Seguir besando la fatal cadena?

¿Vuestro mal merecer? Volved los ojos,
Volved atras, y contempladme quando
Yo di á la tierra el admirable exemplo
De la virtud con la opresion luchando.
Entonces los clamores
De la tremente patria en vano oisteis
Negandoos á su voz, y fascinados
Tras la exêcrable esclavitud corristeis,
Forjando ¡oh indignacion! los torpes lazos
Que oprobio han sido á tan robustos brazos."

"Y aquella fuerza indómita, impaciente,
En tan estrechos términos no pudo
Contenerse, y rompió: como torrente
Llevó tras sí la agitacion, la guerra,
Y fatigó con crímenes la tierra.
Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia; arder el Sena
En discordias se vió; la África esclava;
El Bátavo industrioso
Al hierro dado y devorante fuego.
¿De vuestro orgullo en su insolencia ciego
Quién salvarse logró? Ni al Indio pudo
Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
De sus sencillos lares
Inútil valladar: de horror cubierto

Vuestro Génio feroz hiende los mares;
Y es la inocente América un desierto."

"Tantos estragos; sin respeto holladas
Justicia y fe; la detestable ofensa
Hecha á la patria de amarrarla al yugo
Y ahogar su libertad, á un tiempo alzaron
Su poderoso grito,
Y á la atónita Europa despertaron.
Ella sobre vosotros indignada
Cayó y os oprimió. ¿Qué se hizo entonces
Vuestra vana altivez? La tiranía
Que lenta os consumía
Tendió su cetro bárbaro, y llamando
Á la exícial supersticion, con ella
Fue abierto el hondo precipicio en donde
Se hundió al fin vuestro nombre,
Viles esclavos, que en tan torpe olvido
Sois la risa y baldon del universo,
Cuyo espanto y escándalo habeis sido."

"Estremecéos: á la ignominia hoy dados,
Mañana al polvo: ¿no mirais qual brama;
Con qual furor se inflama
La tierra en torno á sacudir del cuello
La servidumbre? ¿Y se verá que hundidos

En ocio infame y miserable sueño
Al generoso empeño
Los últimos voleis? No: que en violenta
Rabia inflamado y devorante saña
Ruja el leon de España,
Y corra en sangre á sepultar su afrenta.
La espada centellante arda en su mano,
Y al verle, sobre el trono
Pálido tiemble el opresor tirano.
Virtud, patria, valor: tal fue el sendero
Que yo os abrí primero:
Vedle, holladle, volad: mi nombre os guie,
Mi nombre vengador, á la pelea:
PADILLA el grito de las huestes sea,
PADILLA aclame la feliz victoria,
PÁDILLA os dé la libertad, la gloria."

III.

Á ESPAÑA DESPUES DE LA REVOLUCION DE MARZO.

(Abril de 1808.)

¿Qué era, decidme, la nacion, que un dia
Reyna del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendia
Su cetro de oro y su blason divino?
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna:
Do quiera España: en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España: el soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano:
La tierra sus mineros le rendia,
Sus perlas y coral el Oceáno,
Y donde quier que revolver sus olas
Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,

Abandonada á la insolencia agena,
Como esclava en mercado ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas, oh Dios! Su aliento impuro
La pestilente fiebre respirando
Infestó el ayre, emponzoñó la vida:
El hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Quanto el contagio perdonó: tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos:
Tres veces, ay! los Dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra, y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre baxel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado
Por los yermos del mar: ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento

La flámula riendo al ayre ondea.
Cesó en su dulce canto el pasagero,
Ahogó su vocería
El ronco marinero,
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frio;
Y él va á estrellarse al áspero baxio.

Llega el momento en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al Occidente,
Y fiero exclama: « el Occidente es mio."
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno obscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento,
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan:
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas: ¡Oh vergüenza! ¿Acaso
Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estimeis: grillos, esposas,
Cadenas son, que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España
Del indigno rumor que cerca oia,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcan que en su interior hervia.
Sus Déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden:
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden
«¡Venganza!" ¿Dónde estan, sagrado rio,
Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fue, nuestro esplendor comienza;
Y tú orgulloso y fiero,
Viendo que aun hay Castilla y Castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas
Diciendo, «ya acabaron los tiranos."

¡Oh triunfo! oh gloria! oh celestial momento
Con que puede ya dar el labio mio
El nombre augusto de la Patria al viento!
Yo le daré: mas no en el arpa de oro,
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El númen en el pecho,
Y el aliento fatídico en la boca.

Desenterrad la lira de Tirtéo,
Y al ayre abierto, á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfria,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del bárbaro agresor que nos oprime!
¡Guerra, guerra, Españoles! En el Betis
Ved del tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada;
Y allá sobre los altos Pirineos
Del hijo de Ximena
Animarse los miembros giganteos.
En torbo ceño y desdeñosa pena,
Ved como cruzan por los ayres vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frias,
En fiera y ronca voz pronuncian: «Guerra!»

«¡Pues qué! ¿con faz serena
Viérais los campos devastar opímos,
Eterno objeto de ambicion agena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria; (bre,
Que vuestro nombre eclipse nuestro nom-
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran dia
El altar de la Patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte: (TE,
Juradlo, ella os lo manda: ¡ANTES LA MUER-
QUE CONSENTIR JAMAS NINGUN TIRANO!"

Sí, yo lo juro, venerables sombras,
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente,
Volemos al combate, á la venganza,
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará: ¿qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré espirando
Á encontrar nuestros ínclitos mayores?—

¡Salud, oh padres de la Patria mia,
Yo les diré, salud! La heroyca España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino."

IV.

Á LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS ARMADAS CONTRA LOS FRANCESES.

(Julio de 1808.)

"Eterna ley del mundo aquesta sea:
En pueblos ó cobardes ó estragados
Que ruede á su placer la Tiranía:
Mas si su atroz porfía
Osa insultar á pechos generosos
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
Estréllese al instante,
Y de su ruina brote el escarmiento."
Dixo así Dios: con letras de diamante
Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
Y en torrentes de sangre á la venganza
Mandó despues que lo anunciase al suelo.

Hoy lo vuelve á anunciar: en justa pena
De tu vicioso y mísero abandono
En tí su horrible trono
Sentó el Número del mal, Francia culpable,
Y sacudiendo el cetro abominable
Quanto sus ojos ven tanto aniquila:

El Genio atroz del insensato Atila,
La Furia que el mortífero estandarte
Llevaba de Timúr, mandan al lado
De tu feroz Sultán; ellos le inspiran:
Y ya en su orgullo á esclavizar se atreve
Quanto hay del mar de Italia á los desiertos,
Faltos siempre de vida y siempre yertos,
Do reyna el polo engendrador de nieve.

Llega, España, tu vez: al cautiverio
Con nefario artificio
Tus Príncipes arrastra, y en su mano
Las riendas de tu imperio
Logró tener y se ostentó tirano.
Ya manda, ya devasta: sus soldados
Obedeciendo en torpe vasallage
Al planeta de muerte que los guia,
Trocaron en horror el hospedage,
Y la amistad en servidumbre impía.
¿Adónde, pues, huyeron,
Pregunta el orbe estremecido, adónde
La santa paz, la noble confianza,
La no violada fe? Vanas deidades
Que solo ya los débiles imploran:
Europa sabe, de escarmientos llena,
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran

Esos atroces Vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida:
Nadie doble á esta gente fementida
Por temor pusilánime la frente,
Que nunca el alevoso fue valiente.
Alto y feroz rugido
La sed de guerra y la sangrienta saña
Anuncia del Leon; con bronco acento
Ensordeciendo el eco en la montaña,
Á devorar su presa
Las águilas se arrojan por el viento.
Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata
Al descuidado seno que la abriga
Callada llega, y ponzoñosa mata.
Las víboras de Alcides
Son las que asaltan la dorada cuna
De tu felicidad: despierta, España,
Despierta, ay Dios! y tus robustos brazos
Haciéndolas pedazos,
Y esparciendo sus miembros por la tierra,
Ostenten el esfuerzo incontrastable
Que en tu naciente libertad se encierra.

Ya se acerca zumbando
El eco grande del clamor guerrero,

Hijo de indignacion y de osadía:
Astúrias fue quien le arrojó primero:
¡Honor al pueblo Astúr! allí debia
Primero resonar: con igual furia
Se alza, y se extiende adonde en fertil riego
Del Ebro caudaloso y dulce Turia
Las claras ondas abundancia brotan:
Y como en selvas estallante fuego
Quando las alas de Aquilon le azotan,
Que de pronto á calmar ni vuelto en lluvia
Júpiter basta, ni los anchos rios
Que oponen su creciente á sus furores;
Los ecos libradores
Vuelan, cruzan, encienden
Los campos olivíferos del Betis,
Y de la playa cántabra hasta Cádiz
El seno azul de la agitada Tetis.

Álzase España en fin: con faz airada
Hace á Marte señal, y el Dios horrendo
Despeña en ella su cruxiente carro:
Al espantoso estruendo,
Al revolver de su terrible espada,
Lejos de estremecerse, arde y se agita,
Y vuela en pos el Español bizarro.
«Fuera tiranos!", grita

La muchedumbre inmensa. ¡ Oh voz sublime,
Eco de vida, manantial de gloria!
Esos ministros de ambicion agena
No te escucharon, no, quando triunfaban
Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena:
Aquí te oirán, y alcanzarás victoria;
Aquí te oirán saliendo
De pechos esforzados, varoniles,
Y la distancia medirán gimiendo
Que de hombres hay á mercenarios viles.

Fuego noble y sublime, ¿á quien no alcanzas?
Lágrimas de dolor vierte el anciano,
Porque su débil mano
El acero á blandir ya no es bastante:
Lágrimas vierte el ternezuelo infante:
Y vosotras tambien, madres, esposas,
Tiernas amantes, ¿qué furor os lleva
En medio de esas huestes sanguinosas?
Otra lucha, otro afan, otros enojos
Guardó el destino á vuestros miembros bellos,
Deben arder en vuestros negros ojos.
« ¿Quereis, responden, darnos por despojos
Á esos verdugos? No: con pecho fuerte
Lidiando á vuestro lado
Tambien sabremos arrostrar la muerte.

Nosotras vuestra sangre atajaremos:
Nosotras dulce galardon seremos,
Quando de lauro y de floridos lazos
La vencedora frente coronada,
Reposo halleis en nuestros tiernos brazos."

¿Y tú callas, Madrid? Tú la señora
De cien provincias, que qual ley suprema
Adoraban tu voz, callas ahora?
¿Adónde estan el cetro, la diadema,
La augusta magestad que te adornaba?—
"No hay magestad para quien vive esclava:
Ya la espada homicida
En mí sus filos ensayó primero.
Allí cayó mi juventud sin vida:
Yo atada al yugo bárbaro de acero,
Exânime suspiro,
Y ayre de muerte y de opresion respiro."

Ah! respira mas bien aura de gloria,
Oh corona de Iberia, alza la frente,
Tiende la vista; en iris de bonanza
Se torna al fin la tempestad sombría.
¿No oyes por el Oriente y Mediodia
De guerra y de matanza
Resonar el clamor? Arde la lucha,

Retumba el bronce, los valientes caen,
Y el campo de humor roxo hecho ya un lago
Descubre al mundo el espantoso estrago.
Así sus llanos fértiles Valencia
Ostenta, así Baylén, así Moncayo:
Y es fama que las víctimas de Mayo
Lívidas por el ayre aparecian;
Que á su alarido horrendo
Las francesas falanges se aterraban,
Y ellas su sangre con placer bebiendo
El ansia de venganza al fin saciaban.

Genios que acompañais á la victoria,
Volad, y apercibid en vuestras manos
Lauros de Salamina y de Platea,
Que crecen quando lloran los tiranos.
De ellos ceñido el vencedor se vea
Al acercarse al Capitolio Ibero:
Ya llega, ¿no le veis? Astro parece
En su carro triunfal, mucho mas claro
Que tras tormenta el sol: barred las calles
De ese terror que las yermaba un dia;
Que el júbilo las pueble y la alegría:
Los altos coronad, henchid los valles,
Y en vuestra boca el apacible acento,
Y en vuestras manos tremolando el lino,

« Salve, exclamad, Libertador divino,
Salve", y que en ecos mil lo diga el viento,
Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande á sus leones
Volar rugiendo al alto Pirineo,
Y allí alzar el espléndido trofeo,
Que diga: LIBERTAD Á LAS NACIONES.
Tal es, oh pueblo grande, oh pueblo fuerte,
El premio que la suerte
Á tu valor magnánimo destina.
Así resiste la robusta encina
Al temporal: arrójanse silbando
Los fieros uracanes,
En su espantoso vértigo llevando
Desolacion y ruina; ella resiste.
Crece el furor, redoblan su pujanza,
Braman, y tiembla en rededor la esfera:
¿Qué importa que á la verde cabellera
Este ramo y aquel falte, arrancado
Del ímpetu del viento, y luego muera?
Ella resiste: la soberbia cima
Mas hermosa al Olimpo al fin levanta,
Y entre tanto meciéndose en sus hojas
Céfiro alegre la victoria canta.

V.

EL PANTEON DEL ESCORIAL.

(Abril de 1805.)

En los amargos dias,
Que serán luto eterno en la memoria,
Y á los siglos remotos indignada
Con hiel y llanto pintará la historia;
Quando despues de reluchar en vano
Con la dura opresion en que gemia
La tierra sin aliento al yugo indigno
El cuello pusilánime tendia;
Al tiempo que el destino
Las espantosas puertas desquiciando
Del imperio del mal sus plagas todas
Sobre España lanzaba,
Y ella míseramente agonizaba;
Yo entonces afligido
Pide, dixe á mi espíritu, sus alas
Á la paloma tímida, inocente,
Tómalas, vuela, y huye á los desiertos,
Y vive allí de la injusticia ausente.

Al punto presurosas

Mis plantas se alejaron
Á las sierras nevadas y fragosas,
Lindes eternos de las dos Castillas:
Ya sus cimas hermosas
Mi pensamiento alzaban
Del fango en que tú ¡oh Corte! nos humillas;
Quando mis ojos la mansion descubren,
Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los Reyes,
Y albergue penitente á solitarios.
En vano el Genio imitador su gloria
Quiso allí desplegar: negando el pecho
Á la orgullosa admiracion que inspira;
¿Artes brillantes, exclamé con ira,
Será que siempre esclavas
Os vendais al poder y á la mentira? (bres
¿Qué vale, oh Escorial, que al mundo asom-
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si al fin eres padron sobre la tierra
De la infamia, del arte y de los hombres?

¡Mas no es tumba tambien!.. Y en esta idea
Embebecido el pensamiento mio,
Quise al recinto penetrar, en donde
Baxo eterno silencio y mármol frio
La muerte á nuestros Príncipes esconde.

¡Salud, célebres urnas! En el oro,
En las pomposas letras que os coronan,
Decidme, ¿qué anunciais? ¿Tal vez memorias,
Memorias, ay! en que la mente opresa
Con el dolor presente
Pueda aliviarse al contemplar las glorias,
Que un tiempo ornaban la española gente?
¡Sepulcros, responded!.. Y de repente
Vuélvense de la bóveda las puertas
Sobre el sonante quicio estremecido,
La antorcha muere que mis plantas guia,
Y embargado el sentido,
Mil terribles imágenes se ofrecen
Á mi atemorizada fantasía.

Tú que ciñendo de laurel la frente,
Con austero semblante
Y en perdurable verso
Presentas la verdad al universo,
Sin que el halago pérfido te vicie,
Ni el ceño de los déspotas te espante;
¡Oh Musa del saber! mi voz te implora:
Ven, desata mi labio, en digno acento
Dame que pueda revelar ahora
Lo que vi, lo que oí, quanto escondido,
Sin que los hombres á entenderlo aspiren,

Yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,
El silencio rompió que hondo reynaba,
Mientras las urnas lánguida alumbraba
Pálida luz de fósforo ligero.
Levanto al grito la aterrada frente,
Y en medio de la estancia pavorosa
Un jóven se presenta augusto y bello:
En su lívido cuello
Del nudo atroz que le arrancó la vida
Aun mostraba la huella sanguinosa;
Y una dama á par de él tambien se via,
Que á fuer de astro benigno entre esplendores
Con su hermosura celestial seria
Del mundo todo adoracion y amores.
¿Quién sois? iba á decir; quando á otra parte
Alzarse vi una sombra, cuyo aspecto
De odio á un tiempo y horror me estremecia.
El insaciable y velador cuidado,
La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable trono.
La aleve hipocresía
En sed de sangre y de dominio ardiendo
En sus ojos de víbora lucia:

El rostro enxuto y míseras facciones
De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubria
Qual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron:
Paráronse, y el jóven indignado,
¿Qué te hicimos, oh bárbaro, exclamaba;
Conoces á tus víctimas?—Respeta,
Dixo el espectro, á quien el ser debiste,
Por el bien del estado al fin moriste.
Resígnate.

EL PRÍNCIPE CÁRLOS.

¡Oh hipócrita! La sombra
De la muerte te oculta; ¿y aun pretendes
Fascinar, engañar? Quando asolados
Por tu supersticion Reynos enteros,
Yo los osé compadecer, tú entonces
Criminal me juzgaste, y al sepulcro
Me hiciste descender. Mas si en el pecho
De un hijo del fanático Felipe
No pudo sin delito haber clemencia;
¿Quál fue, responde, la secreta culpa
De esta infeliz para morir conmigo?
Ni su sangre real, ni el ser tu esposa,

Ni su noble candor, ni su hermosura,
De tí pudieron guarecerla. —
Un hondo
Gemido entonces penetró los ayres
Que al desplegar sus labios dió la triste.

ISABEL DE VALOIS Ó DE LA PAZ.

¡Ay, prorumpió, de la que nace hermosa!
¿Qué la valdrá que en su virtud confie,
Si la envidia en su daño no reposa,
Y la calumnia hiriéndola se rie?
Yo di al mundo la paz, PAZ me nombraron.
Quise al cruel, que se llamó mi esposo,
Un horror impedir, y este es mi crímen:
Pedí por tí con lágrimas: mis ruegos
Qual si de un torpe amor fuesen nacidos
Irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
Y sin salvarte perecí contigo:
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Dixo, y vertiendo lastimoso llanto,
En los hombros del jóven reclinada,
Sus ojos melancólicos y bellos
Fixaba en él, y la amistad mas viva,
La mas noble piedad reynaba en ellos.

Entre sus manos frias
Se miraba la copa envenenada,
Que terminó sus dias,
Y el Príncipe en las suyas agitando
Un sangriento dogal, con faz terrible
Á su bárbaro padre atormentaba.
El tirano temblaba: en sordos ecos
Desesperados ayes
Su boca despedia,
Y de sus miembros trémulos
En convulsiones hórridas
Brotaba á su despecho la agonía.
Sí: nacer para el mal, romperse el velo
De la ilusion que arrebató hácia el crímen,
Presentes ver las víctimas que gimen,
Ser odio, exêcracion del universo,
Mirar que niega la implacable suerte
Todo retorno al bien; ay! al perverso
Este infierno tal vez en vida alcanza;
Si aun le sigue á los reynos de la muerte,
¡Qué terrible, oh virtud, es tu venganza!

Sobrepujando en fin por un momento
La agitacion, y vuelto hácia su hijo:

FELIPE II.

Cesa, cruel, de atormentarme, dixo:
Tu muerte injusta fue; pero el Estado
Con ella respiró: si tú vivieras,
Rota la paz, turbada la armonía
De un imperio hasta allí quieto y sereno,
Tú profanáras su inocente seno
Con la atroz sedicion, con la heregía.

EL PRÍNCIPE CÁRLOS.

Mandar, solo mandar, que se estremezca
La tierra á vuestro arbitrio, este es el órden,
Esta la ley con que regis al mundo
Tú y tus iguales; y al ahogar la vida
De las naciones míseras que os sirven
Dais el nombre de paz al desaliento
De la devastacion. ¡Oh de Felipe
Hijos, nietos imbéciles! decidle,
Qué resta ya de la nacion que un tiempo
Al mundo dominó como señora:
Alzáos del polvo, y respondedle ahora.

Á los tremendos ecos
De la imperiosa voz, que resonando
Fue como trueno bronco por los huecos
De aquellas tumbas; de repente abiertos

Sus mármoles tres sombras abortaron,
Que en vez de amor ú horror, desprecio solo
Y piedad injuriosa me inspiraron.
Alzaba al cielo sin cesar los ojos
Con apariencia mística el primero,
Dexando el cetro en tanto por despojos
Á un mercenario vil, cuya avaricia
Mientras mas atesora, mas codicia.
En juegos, danzas, farsas distraido,
Y al crótalo procaz dando el oido,
El segundo se entrega á los placeres,
Y el reyno y el deber pone en olvido.
Trémulo el otro respiraba apenas:
¡Oh Dios! ¿Y esto era Rey á tanto imperio?
Nulo igualmente á la virtud que al vicio,
Indigno de alabanza ó vituperio,
La estrella ingrata que su ser gobierna
Le destinó en el mundo
Á impotencia oprobiosa, á infancia eterna.

Viólos Felipe, y en aquel momento
Lució en su faz la magestad pasada:
Viólos, y dixo:

FELIPE II.

¿Quienes sois? ¿Qué hicisteis
Del inmenso poder que se extendia

Con pasmo universal de polo á polo?
Tal os le di muriendo: al nombre hispano,
Á su esplendor y bélica fortuna
Tembló el Frances, se estremeció el Britano,
Y le oyó con terror la Media Luna.

FELIPE III.

Yo nací para orar: un solo dia
Quise mostrarme Rey, y de sus lares
Á las arenas líbicas lanzados
Un millon de mis súbditos se vieron.
Los campos todos huérfanos gimieron,
Llora la industria su viudez: ¿qué importa?
Su voz no llegó á mí.

FELIPE IV.

Ya el trono de oro
Que á tanto afan alzaron mis abuelos,
Debaxo de mis pies se derrocaba,
Mientras que embebecido entre festines
Yo, olvidando mi oprobio, respiraba
El aura del deleyte en los jardines.

CÁRLOS II.

Yo inútil....

FELIPE II.

Basta ya: ¿quién hay que al verte
Pueda ignorar la deplorable suerte
De este imperio en tus manos moribundo?

EL PRÍNCIPE CÁRLOS.

Aun no basta: responde; ¿á quién el mundo
Te vió dexar el vacilante trono?
¿Á quién diste el poder de Austria?

CÁRLOS II.

Á la Francia.

FELIPE II.

¡Á la Francia! ¡Á esa gente abominable,
Eterno horror de la familia mia!
¿Lo oyes, oh padre? Las legiones fieras
Que en San Quintin triunfaron y en Pavía,
Baxo el yugo se ven de los vencidos:
¿Cómo España es tan vil que lo consiente?
No hay duda: un astro pérfido, inclemente
Se ha complacido en eclipsar mi nombre,
Y el mundo en vano me llamó *el Prudente*.

Así en estos inútiles clamores
Su confusion frenético exhalaba;
Quando las losas del sepulcro hendiendo,
Se vió un espectro augusto y venerable,
Que á los demas en magestad vencia.
El águila imperial sobre él tendia
Para dosel sus alas esplendentes,
Y en arrogante ostentacion de gloria
Entre sus garras fieras y valientes
El rayo de la guerra arder se via,
Y el lauro tremolar de la victoria.
Un monte de armas rotas y banderas
De bélicos blasones
Ante sus pies indómitos yacia:
Despojos que á su esfuerzo las naciones
Vencidas, derrotadas le rindieron.
Las sombras á su aspecto enmudecieron,
Y él con fiero ademan, vuelto al tirano,
Dixo:

CÁRLOS V.

¿Por qué culpar á las estrellas
De esa mengua cruel? ¿Por qué te olvidas
De tu ambicion fanática y sedienta,
Que de prudencia el nombre sacrosanto
Á usurpar se atrevió? Yo los desastres
De España comencé, y el triste llanto,

Quando espirando en Villalar Padilla
Morir vió en él su libertad Castilla.
Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza
Cayó Aragon gimiendo. Así arrollados
Los nobles fueros, las sagradas leyes,
Que eran del pueblo fuerza y energía;
¿Quién, insensato, imaginar podria,
Que en sí abrigando corazon de esclavo,
Señor gran tiempo el Español seria?
¿Qué importaba despues con la victoria
Dorar la esclavitud? Esos trofeos
Comprados fueron ya con sangre y luto
De la despedazada Monarquía.
Mírala entre ellos maldecirme á gritos.——

Y era así: que agoviada con el peso
De tanto triunfo allí se querellaba
Doliente y bella una muger, y en sangre
Toda la pompa militar manchaba.
Él prosiguió:

CARLOS V.

¿Las oyes? Esas voces
De maldicion y escándalo sonando
De siglo en siglo irán, de gente en gente.
Yo el trono abandoné: te cedí el mando,
Te vi reynar... ¡Oh errores! ¡Oh imprudente

Temeridad! ¡Oh míseros humanos!
Si vosotros no haceis vuestra ventura,
¿La lograréis jamas de los tiranos?—

Llegaba aquí, quando de la alta sierra
Bramador uracan fue sacudido,
De tempestad horrísona asistido,
Para espantar y combatir la tierra.
Derramóse furioso por los senos
Del edificio: el Panteon temblaba;
La esfera toda se asordaba á truenos:
Á su atroz estampido
De par en par abiertas
Fueron de la honda bóveda las puertas:
Entraron los relámpagos: su lumbre
Las sombras disipó, y enmudecido,
Y envuelto yo en pavor cobro el sentido;
Qual si con tanta magestad quisiera
Solemnizar el cielo
La terrible leccion que antes me diera.

VI.

Á LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

(Julio de 1800.)

¿Será que siempre la ambicion sangrienta,
Ó del solio el poder pronuncie solo
Quando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os'da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria
¿Serán tal vez del nombre á quien daria
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡Oh! despertad: el humillado acento
Con magestad no usada,
Suba á las nubes penetrando el viento:
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad: siempre las aras
De la invencion sublime,

Del Genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste tambien, tú que allá un dia
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras detuviste
La palabra veloz que antes huia?

Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos baxaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, Genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza, y los honores
Que á tu invencion magnífica se deben:
Contémplala brillar; y qual si sola

Á ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió á GUTTEMBERG. — "¿Con que es (en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento
En letargosa obscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido oceáno, ...
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse."

Dixo, y la Imprenta fue; y en un momento
Vieras la Europa atónita agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento

Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcan reventó, y á su porfia
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo,
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?

Dura sí: mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada,
Rugiendo los exércitos rompieron.
Despues abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada
Conserva, aunque ruinosa, todavía
La aterradora faz que antes tenia.
Mas llega el tiempo, y la estremece y cae:

Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros; y entre tanto
Es escarnio y baldon de la comarca
La que antes fue su escándalo y espanto.

Tal fue el lauro primero que las sienes
Ornó de la razon: mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso,
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente baxo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuosos,
Á modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes: mas lanzado
Veloz el genio de Neuton tras ellos
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz; y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre. Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignacion en sus clamores.—
"¡Con que el mundo moral todo es horrores!
¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexôrable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre á la agonía!
¡Oh! no sea tal."—Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿Qué haceis? Esas hogueras
Que á devorarme horribles se presentan,
Y en arrancarme á la verdad porfian,
Fanales son que á su esplendor me guian,
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante
Mi corazon extático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.

No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pie atras? Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente,
Si una vez hácia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano,
Que el vencedor destino
Las impele bramando al oceáno.

Llegó pues el gran dia,
En que un mortal divino sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente (BRE.
Dixo á la faz del mundo: EL HOMBRE ES LI-
Y esta sagrada aclamacion saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una region; el eco grande
Que inventó GUTTEMBERG la alza en sus alas;
Y en ellas conducida
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extension del vago viento;
Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito

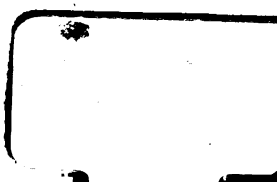
Sonar de la razon: LIBRE ES EL HOMBRE.

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el númen que me agita
De tu sagrada inspiracion henchido
Á la region olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.
¿Dónde quedais, mortales,
Que mi canto escuchais? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Quanto será: ¡oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambicion, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona, que destruyen
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos:
Que amor y paz el universo llenan,

Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los ayres tiende;
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envia.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran coluna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresion grangea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á GUTTEMBERG tributa;
Breve homenage á su favor inmenso.
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
Á la alma inteligencia!
¡Gloria al que en triunfo la verdad llevando
Su influxo eternizó libre y fecundo!
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

551013

882